

[Alejandro] ungió largamente la estela erigida a Aquiles y [...] la coronó, llamándole bienaventurado porque en vida tuvo un amigo fiel y después de muerto un gran heraldo.

Plutarco, *Vidas paralelas*

Andrés Martínez Oria

# CIEN AÑOS NO ES NADA

EN EL CENTENARIO DE LUIS ALONSO LUENGO

Aquel grupo de amigos que recorrieran un día las calles de la ciudad y el largo mirador de la muralla fascinados por el encanto de la literatura, unidos luego bajo la etiqueta afortunada de «la escuela de Astorga» gracias al acierto de un poeta de postín (1), empiezan a ser centenarios, pues este año le llega el turno a Luis Alonso Luengo, el bueno de Luisín, como se dejaba llamar por los amigos más próximos, nacido en 1907, el año que viene les tocará a Ricardo Gullón y a Juan Panero, y el siguiente, el año nueve, a Leopoldo. Así que va a haber mucho que recordar estos años venideros.

La obra de Luis Alonso Luengo es abundante y abarca todos los géneros literarios, desde el teatro de humor, que tuvo su momento en la Astorga de aquellos felices veinte, a la poesía de madrigales, que destilan gracia y galanura modernista, además de la novela de temas y tipos humanos de aquí, la biografía dedicada a figuras de la historia medieval, la crítica literaria y el artículo periodístico que ahora nos interesa particularmente.

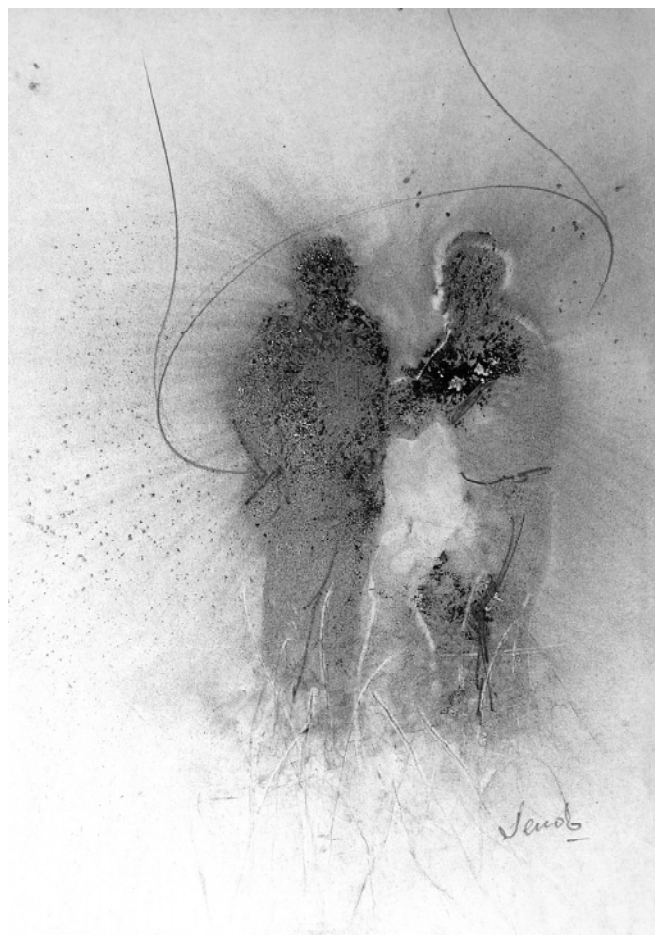
No es fácil determinar el momento y el motivo de su inclinación por la literatura, que supo mantener junto a su vocación por el Derecho. Desde luego sus lecturas eran las más serias y se dejó atrapar muy pronto por los versos de Rubén Darío -«Era un aire suave...», «Sonatina», «A Margarita Debayle»-, que leía a sus amigos en voz alta, por la muralla de Astorga. Pudo haber sido la poesía modernista el señuelo, y el teatro, aquella inocente «sátira de tipos y costumbres» escrita en colaboración con Ricardo Gullón (2) y aquella otra pieza en homenaje del Regimiento que por entonces asentaba sus reales en la ciudad (3), lo que les atrajo definitivamente al mundo de la escritura, aunque el interés por el periodismo aparece también muy pronto en aquellos periodiquillos y revistas que empezaron a componer por esa misma época (4).

Sus inclinaciones por la historia, además del interés por la Maragatería y algún asunto más alejado como la biografía del Gran Capitán (5), quedan acotadas casi exclusivamente en lo leonés y medieval. Y más en lo biográfico que en el propio acontecer histórico, pues a Luis le interesaban las personas más que otros aspectos de la historia (6). Y siendo tan señalada su atracción por el Medievo y por lo leonés, no podía faltar en su obra el personaje más deslumbrante de la caballería medieval leonesa, Suero de Quiñones, el del Paso Honroso. Para su versión novelesca del hecho se documentó a fondo y consultó la bibliografía y las fuentes como un verdadero investigador. El resultado es un libro fiel a lo ocurrido, de lectura gratísima, creativo y vivamente evocador de la circunstancia concreta, de los hechos y del hombre que los protagonizó. El interés por el asunto le pudo venir quizá de la monografía que don Mariano de Berrueta escribiera para celebrar el quinto centenario del acontecimiento (7). Enseguida debió de entregarse Luis Alonso al estudio en profundidad del hecho y en 1950 publicaría su primera versión, *Don Suero de Quiñones el del Paso Honroso*, que con el tiempo daría en el definitivo *Don Suero de Quiñones el del Paso Honroso. Estampas del Camino de Santiago* (8). Por su aportación al conocimiento del suceso sería nombrado Cronista de Hospital de Órbigo, y se le invitó a participar el 16 de agosto de 1951 en los actos de inauguración del puente, restaurado tras los desmanes del azaroso siglo XIX y el no menos violento que le siguió. Aportaba entonces un estudio breve pero documentado, que dedicó a Monseñor Santos y Olivera, hijo de Hospital y arzobispo de Granada, promotor de la restauración y de los actos conmemorativos (9).

Por lo que se refiere a la obra periodística, verdadero objeto de estas notas, su obra esencial está recogida en un volumen editado por el Ayuntamiento de Astorga (10). Señala José Antonio Carro Celada en el prólogo que el artículo periodístico de Luis Alonso

tiene como objeto primordial la gente, la vida y la literatura de su ciudad natal, pero no enfocado desde el localismo que limita y empobrece la visión sino desde la perspectiva de un constante afán universalizador. Como si Luis Alonso quisiera elevar la intrahistoria astorgana, la vida de sus moradores, a modelo universal de paso por la vida, de humanidad densa y ejemplar, de cuadro de personajes para el gran libro del devenir humano.

Efectivamente, rezuman vida y nostalgia sus estampas ciudadanas y las figuras que cruzan sus páginas, sabroso anecdotario en unos casos, melancólico obituario en ocasiones, que viene a trazar con precisión el mapa vital y espiritual de la Astorga de la primera mitad, bien andada hacia atrás y hacia adelante, del siglo XX. Con razón la ciudad le nombró hijo predilecto, además de cronista oficial, y llenó de conmemoraciones su larga y provechosa vida. Todo ese aliento vital de la ciudad lo pudo describir con detalle gracias al privilegio de la contemplación cercana, en medio del torbellino, desde dentro de los acontecimientos, en primera línea, en el tiempo y el lugar preciso, desde su crucial mirador de la calle de Postas, «eje euclidiano» de la ciudad, decía Esteban Carro Celada, verdadera encrucijada de caminos de todas las vidas ciudadanas y comarcanas, en el justo fiel de la balanza, entre el norte de Puerta de Rey y el sur de la muralla, el este civil y el oeste clerical, y asomado además a la calle mayor de Europa, pues fluye por ahí el denso y continuo peregrinaje de Santiago. El privilegio del lugar y la familia en que le tocó nacer le puso en contacto con todas las Astorgas, y lo aprovechó a conciencia. Se convirtió en heraldo de la más intensa vida ciudadana, la del espíritu, la de la creación, y en artículos inolvidables dibujó un paisaje poblado de figuras, ambientes y momentos imprescindibles para la pequeña historia local y para otras historias de más vuelo. Regusto de costumbrismo añejo dejan aquellas crónicas dedicadas a la caída de la muralla en 1952, los interiores nostálgicos del Hotel Moderno, la cróniquilla menuda de la calle de Postas, al modo de las machadianas meditaciones rurales y coplas por la muerte de don Guido, las charlas despreocupadas del Jardín, el bullicio de las ferias de agosto, el fervor y el espectáculo callado de la Semana Santa, las inocentadas, la vida del Casino. Es un mundo congelado en ámbar la galería de personajes que pasan vivamente por sus páginas; Germán Gullón, Alonso Garrote, Ernesto Ramos, don Mariano el Vicario, Lorenzo Matinot, José María Goy, la saga de los Revillo, las matronas romanas de la ciudad, Pilar Yturriaga, madre de Pilarín Gullón, Máxima Torbado, madre de Leopoldo, madres de santas y poetas, casi



*Diálogo de naturaleza y campana. Sando*

nada, personajes inolvidables de esa geografía espiritual y popular, Prudencio el campanero, Luis el músico, Emilio el pertiguero, ¿o hay que escribir el Campanero, el Músico, el Pertiguero así, por antonomasia, como si no hubiera otros? Lectura necesaria la de esos artículos, si se quiere conocer el alma de la ciudad, la de hoy y la otra, la sumergida, en expresión de José Antonio Carro Celada, la que ya no está pero es y será para los siglos gracias a la pluma del heraldo que supo alzar la voz de la trompeta en plena polvareda de la lid.

Artículos imprescindibles para recomponer la intrahistoria local, es verdad, pero también los hay de más lejano alcance, si no de afán universal. Particularmente aquellos dedicados al arte y, sobre todo, a la literatura. A escritores astorganos. De vivo interés son los dedicados a Esteban Carro Celada, a José María Luengo, a Juan Panero, a Ricardo Gullón, e imprescindibles aquellos en que habla de Leopoldo Panero. Luis Alonso tuvo la suerte de vivir cerca de lo más granado del 27 y de las generaciones literarias de posguerra, y de haber sido amigo desde la infancia de uno de los poetas más significativos del grupo garcilasista. Sin la menor sombra de envidia en aque-

lla alma grande en cuerpo tan pequeño, supo reconocer muy pronto la verdadera dimensión poética de aquel amigo de la infancia, y nunca dudó de ella, ni en vida del poeta ni después de muerto. Habría que preguntarse desde cuándo fue consciente de la valía universal de aquella voz; de sus escritos se infiere que muy pronto. Es fácil el lucimiento a toro pasado, cuando ya no es presencia viva el sujeto de alabanza, no lo es tanto mientras se es compañero de andadura, pues el celo y el recelo son parte inevitable de la condición humana. Pero Luis Alonso fue capaz de reconocerlo antes y después. Y la prueba la tenemos en una de sus mejores, creo yo, aportaciones al articulismo literario, que nos permite ahondar más en el cauce poético paneriano. Me refiero al titulado «Tres momentos astorganos en la vida de Leopoldo Panero» (11). En ese texto, rememora Luis Alonso Luengo tres instantes decisivos en la vida del poeta en Astorga.

Es el primero la conversación que mantuvieron ambos una tarde de verano de 1955. Una revista de Madrid (12) le había solicitado a Luis algunas notas sobre la juventud de Leopoldo, y la charla, a modo de entrevista informal, terminó en una especie de confesión mutua de sus vidas, que se desarrolló en lo alto de la torre rosada de la catedral, la única íntegra en aquel tiempo. Suben la larga y empinada escalera solos, ya el señor Prudencio, el campanero, estaba muy menguado a los ochenta y ocho años y hacía seis que no subía a la torre, y se aíslan en la altura, lejos de todo, miran la ciudad de la infancia a los pies, el territorio completo de los sueños, y comienza Luis a interrogar a un Leopoldo sentado junto al barandal de las Pascualejas, las campanas que repican alegres en la Pascua. El poeta tiene la pierna izquierda un poco levantada, cogida en las manos entrelazadas, fuma luego, pensativo, a contraluz, la ciudad a sus espaldas. Luis, ahora en su papel de periodista, heraldo más que amigo, le hace recordar los días luminosos de las primeras letras en la Escuela de las Paulistas, la primera enseñanza en el colegio de los Hermanos, frente al Seminario, las peleas de niños. Seguramente obvian aquella agresión sufrida por Leopoldo en 1916, que llevó al desalmado ante el juez (13). Pero, por qué recordar malos momentos. Mejor las tardes maravillosas de los jueves, libres de la obligación escolar, cuando iba con Juan, a veces también con Luis y con Ricardo, a la finca del abuelo Quirino, en Castrillo de las Piedras. Ah, el encinar tupido, el blanco palomar. Cuántos recuerdos de aquel tiempo lejano; el sol de primavera en los cristales del colegio, los juegos en el paseo de la muralla, las primicias literarias de aquellas revistas y publicaciones juveniles que tanto removían la tranquila vida ciuda-

dana. Todo discurre por la vía nostálgica y tranquila de la memoria esa tarde veraniega de 1955, con el fondo musical de los grajos y el bufido de la brisa finísima en el bronce de las campanas, hasta que a Luis se le ocurre tocar en lo oculto, hurgar en lo hondo, en lo secreto. Es el momento en que el cazador de olfato salta sobre la presa elegida. Luis, el amigo de siempre, le pregunta con sutileza de creador más que de crítico no por el descubrimiento de la poesía, que probablemente se remonta a la primera juventud, cuando leían a Rubén y Juan Ramón en el paseo de la muralla, y en esto Luis fue un adelantado (14), no le pregunta por eso, sino por algo más esencial aún, cuándo descubrió la poesía dentro, cuándo se sintió poeta por primera vez, cuándo supo que llevaba en el alma aquel estigma doliente, cuándo tuvo la certeza de haber nacido para testimoniar la verdad poética, la belleza poética, que vienen a ser lo mismo. Quizás Leopoldo no se lo había preguntado nunca, y debió de quedarse pensativo. Desconcertado. Era la pregunta de un hurón. Hurgar en lo oscuro. Cuándo se supo poeta. Debió de encender un pitillo mientras Luis le ayudaba a recordar. ¿No sería aquella tarde de verano, allá por 1928, cuando Ricardo Gullón, por huir del bullicio callejero, los condujo a la chopera umbrosa de la Eragudina y les leyó el romance del conde Arnaldos, uno de los más bellos, intensos y misteriosos poemas de nuestra literatura? ¿Fue entonces el descubrimiento, como había dado a entender Ricardo Gullón en alguna de sus aproximaciones críticas al momento inaugural? Luis aguardaba al acecho, desde un silencio vigilante. Le habría gustado, quizá, que Leopoldo viniera a corroborar la opinión del crítico y amigo ausente, pero, se quedó callado, buscando dentro de sí una respuesta, y sólo pudo decir, «y ¿quién lo sabe?» Quizá no era sino una forma delicada de negar. No, no fue entonces. Por aquel tiempo había escrito «Agua viva», su primer poema publicado (15), y andaba arañando las sombras del arcano sin encontrar nada seguro, nada claro. Escribía, pero no acababa de hallar el camino. No se sentía de verdad poeta. Todavía al año siguiente, y al otro, tanteaba el gongorismo que los del 27 habían puesto de moda a mediados de la década (16). No es tan fácil reconocerse artista, poeta. Estar seguro. A veces nunca se llega a saber lo que se lleva dentro. Se duda, se abandona, y puede agostarse la planta no regada día a día. ¿Cuándo lo supo y lo aceptó Leopoldo Panero? Por todo eso le estaba preguntando Luis aquella tarde lenta de verano. Por lo que sabemos hoy, quizá no fue antes de terminar la guerra cuando Leopoldo Panero supo definitivamente su camino. Aunque en los primeros años cuarenta ya iba bien orientado y así lo reconocían los distinguidos círculos madrileños. Mag-

nífico instante ése de 1955, maravillosamente recogido por Luis Alonso. No es difícil verlos aún sentados, al lado de las campanas, entre el cielo y la tierra, hablando de lo humano y lo divino en el calmo declinar de la tarde veraniega, rozando la entretela del misterio. Cuándo. Era preguntar por las esencias. Por el origen de la consciencia. Por el uso de la razón poética. Hermosísimo todo, y significativo. El Leopoldo de 1955 confiesa a Luis, amigo y heraldo, que en 1928 no tenía nada claro. y se intuye que aún tardaría en tenerlo.

Sin embargo, unos días después del episodio de la Eragudina, volvemos a 1928, Leopoldo partiría para Marruecos, a pasar una temporada con su hermana Odila, casada con Ricardo García Rius, militar destinado en Larache, y desde allí envía elocuentes crónicas a la revista *Humo* (17), fundada por el grupo de amigos astorganos. Y ante aquellos artículos, Germán Gullón, padre de Ricardo, es el primero en reconocer que lo de Leopoldo es algo más que una pirueta juvenil, que allí late algo que no se aprecia en los otros. Efectivamente, esas crónicas tempranas dejan entrever el trazo maravilloso del artista, aún en ciernes pero ya indudable. Es la huella primera del escritor, curiosamente en prosa, lo que es la vida, pero ya destila esencias prometedoras.

Los otros dos momentos cruciales de Leopoldo en Astorga, a que se refiere Luis Alonso, acontecen al principio y al final de su carrera. Uno en enero de 1937, cuando un Leopoldo vestido de militar confiesa a don Magín Liébana, cura de Santa Marta y antiguo misionero en California, extraordinario conocedor de almas, su profunda crisis religiosa. Aunque es una crisis de remonte, de descubrimiento de una fe que estaba mortecina y se convertirá en piedra angular de su mundo poético. El otro instante, el definitivo, es el de la última jornada, que va trazando minuciosamente un estremecido Luis Alonso, lo que permite conocer con detalle las últimas horas de Leopoldo Panero aquel 27 de agosto de 1962. Magnífico texto del amigo y heraldo, que nunca sabremos agradecer lo suficiente. Ahora que se cumplen cien años de su nacimiento y es ya parte de esa ciudad sumergida con que soñaba José Antonio Carro Celada, debemos reconocer y recordar sus méritos, que no son pocos, porque, lo dejó bien dicho y escrito don Valentín García Yebra, “quien ama a su ciudad merece el amor de sus conciudadanos”.

Abril, 2007

1) GERARDO DIEGO, artículos publicados en *Abc* (3-3-1948, 21-3-48 y 4-4-48) y *El Faro astorgano* (1-3-1983); en *La escuela de Astorga*, Actas del Congreso, Astorga, 1995.

2) *Los cuatro filetes del Apocalipsis*, estrenada en la Casa Social el 28 de diciembre de 1925

3) *Que viene el Regimiento*, estrenada también en 1925, en el Teatro del Círculo Católico.

4) *La Saeta*, 1925; *Humo*, 1928; *Guía artística y sentimental de la ciudad de Astorga*, 1929.

5) *El Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba*, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1942.

6) El interés por la biografía ya se había manifestado en *Santo Toribio, obispo de Astorga*, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1939.

7) *Passo Honroso defendido por Suero de Quiñones*, León, 1934.

8) Ed. Nebrija, León, 1986. Segunda edición, facsímil, en 1997.

9) *La puente del Passo Honroso*, Ed. Rollán, Madrid, 1951; en colaboración con JUAN CARLOS VILLACORTA y LORENZO JUÁREZ.

10) *La ciudad entre mí. Crónicas astorganas desde mi tiempo*, 1996.

11) Op. Cit., pág. 241 y siguientes. Escrito a partir de la Velada en honor de Leopoldo Panero celebrada en la Facultad de Veterinaria de León el 1 de julio de 1963 y de un artículo publicado en *El Pensamiento Astorgano* el 27 de agosto del mismo año, conmemoración del primer aniversario de la muerte del poeta.

12) *El Español*, declara en entrevista a *El Alcázar*, el 18 de noviembre de 1977.

13) Entre los papeles del legado que los herederos dejaron a la ciudad, en la caja nº 13, se encuentra una hoja suelta, con letra de Luis Alonso, que dice:

Leopoldo Panero

«Por este juzgado se sigue causa criminal contra el autor [de las heridas] producidas al niño Leopoldo Panero en vista de [que] aquellas no fueran curadas dentro de los 15 días [siguientes] al [día] en que tuvo lugar la agresión. Región Maragata 9 oct. 1916».

Lo repuesto entre corchetes es mío.

(14) Se ha citado muchas veces el pasaje:

«La entrada en la adolescencia implicó la entrada en la poesía, de la mano de Rubén Darío o, para decirlo con exactitud, de la mano de Luis Alonso, el más maduro de nosotros y el de lecturas más serias: nos contagió a Leopoldo y a mí su fervor, y en menor grado a Juan, obseso con el deporte...», R. GULLÓN, *La juventud de Leopoldo Panero*, Diputación Prov. de León, 1985, pág. 21.

15) Diario *La Libertad*, Madrid, 1928.

16) Se observa ese influjo del poeta cordobés en «Crónica, cuando amanece» y en «Poema de la niebla», publicados en *Nueva Revista*, Madrid, 1929 y 1930 respectivamente.

17) Llevan por título general «Impresiones de un viaje» y aparecieron en los números 6, del 22 de julio; 7, del 28 de julio; y 8, del 5 de agosto de 1928.